

Trazas de Guillermo Fernández*

*Publicado en la revista *Tierra Adentro*, número 176, octubre-noviembre 2012.

Héctor Orestes Aguilar

La amistad entre los escritores suele ser laboriosa. Puede darse cabal y desinteresada, pero con mucha frecuencia resulta una serie de componendas, reciprocidades calculadas y alianzas temporales. Con Guillermo Fernández esto era imposible. Él era solidaridad espontánea, lealtad a toda prueba; una generosidad desconocida. A sus relaciones personales nunca antepuso, como casi todos los que se ven a sí mismos como autores, una coraza egocéntrica. Jamás trató a sus interlocutores con arrogancia, distancia o superioridad. Estaba curado de los complejos que nutren la pomposidad y el engolamiento de las divas literarias. Tal vez tenía otras extravagancias y zonas oscuras pero era incapaz de irradiar el mínimo aliento de mezquindad.

Fue mordaz, imprevisible y provocador. En parte porque no acostumbraba a decir las cosas a tres bandas, en parte porque cuando sí lo hacía su tino era infalible: daba en el centro del blanco y dejaba mudo a quien lo escuchaba. Espetarles a ciertos políticos “tolucenses”, como les decía, que se había mudado a la capital del Estado de México porque esa ciudad le recordaba a Florencia —una es parejamente horrible, la otra parejamente bella, explicaba para sus adentros y a sus íntimos Guillermo— es buen ejemplo de su puntería.

Italia pierde muchísimo con la desaparición física de Guillermo Fernández. Deberán pasar años para que alguien pueda ocupar su lugar como el gran

multiplicador de la cultura literaria italiana en lengua española. Lo que nosotros perdemos es imposible de cuantificar. No poder volver a verlo es un sentimiento devastador. Provoca una sensación que te parte en pedazos. Sientes algo cercano a un cercenamiento, como si te hubieran despojado de algo que te pertenecía de forma entrañable. Él nos dio a todos una clase de afecto festivo, de respeto y cariño fraternal que no volveremos a encontrar.

En la primera imagen del libro de fotos *Los conjurados* (1990), que reúne retratos de 51 autores mexicanos por Alberto Tovalín, aparece un grupo de jóvenes nacidos en los sesenta: Jorge Fernández Granados, Omar Ocampo, Ignacio Padilla, Pedro Guzmán, Roxana Elvridge-Thomas, Ernesto Lumbreras, Enzia Verduchi, Rosa Lira Saade y Mario González Suárez. Entre ellos está Guillermo. Aunque para entonces tenía 58 años, era un estricto contemporáneo de los demás. Algo en él (temperamento, actitud vital, espíritu de ligereza) lo empataba con quienes eran casi tres decenios menores. Todos los escritores de mi generación sabíamos que le debíamos el trato de un mayor, a mí me costó años dejarle de hablar de usted —cosa que públicamente me reclamaba pero que en el fondo siempre le gustó, yo era de los pocos que le mostraba esa “distancia reverencial”—, pero al tiempo que estábamos conscientes de su precedencia, de su magisterio diverso (gastronómico, futbolístico, traductológico, poético, publicitario y musical, en cualquier orden), era difícil sustraerse a la idea de que para todos nosotros era un cómplice por igual. El compinche que sabía entusiasmarse por los “versitos” de uno, por los hallazgos en la lectura de otro, por las audacias en la prosa de un tercero; el que tenía la admonición justa ante los

excesos y los yerros de nuestra inmadurez. El poseedor para mí envidiable de la primera traducción de *El barón Bagge*, de Alexander Lernet-Holenia, en una diminuta edición de la revista argentina *Sur*.

Guillermo Fernández es el joven que se queda dormido a cielo abierto en las ruinas de Pompeya hasta que los carabineros lo arrestan y el Embajador mexicano en Italia debe llamar para reclamar su liberación con el único argumento posible: déjenlo salir, es un poeta. Es el joven traductor que se atreve a corregirle, en italiano, el final de un célebre poema a Salvatore Quasimodo, ganándose la adusta y paternal aprobación del Premio Nobel. Es el *copy* de los cientos de slogans publicitarios para prensa, radio e incluso televisión. Es el poeta de culto capaz de ganarse la admiración salvaje de un pintor puro corazón como Vicente Gandía, quien navega una tarde de Cuernavaca a Metepec para asistir a un homenaje a Guillermo y regalarle su bufanda en prueba de hermandad y tributo intelectual. Es el escritor de edad madura y cierta fama que de repente, en una fiesta en casa de Gandía, por cierto, se topa con su *Doppelgänger* y después de escrutarlo de cerca sólo acierta a decirle: Tú eres Cordera, ¿verdad?, que bien es correspondido por Rolando con un: Y tú eres Fernández, ¿no? (compárense fotos de ambos de hace quince años). Fernández es también el joven que huye de las represalias del 68 jalisciense para esconderse en Yucatán, donde entrenará a un equipo de fútbol y les enseñará todos los recursos en su haber (que no fueron pocos, era un verdadero costal de mañas para faulear); es el impulsor de hermosa colección literaria *La Canción de la Tierra*, fraguada durante más de quince años; es el traductor de los aforismos de Francesco Guicciardini que una tarde,

inopinadamente, recibe una larga llamada telefónica de Carlos Monsiváis felicitándolo por sus versiones a esas sentencias cruciales, comparables a los mejores momentos de Maquiavelo.

Sindudamente, Guillermo Fernández sobrevive para nosotros como todos esos episodios de su biografía real y su intensa leyenda. Es un puñado de libros de poesía que escoltarán nuestras noches y es cientos, miles de páginas de literatura italiana vertidas a nuestra lengua. Es un manantial de recuerdos y enseñanzas. Es el mejor amigo que me espera entre mis muertos.